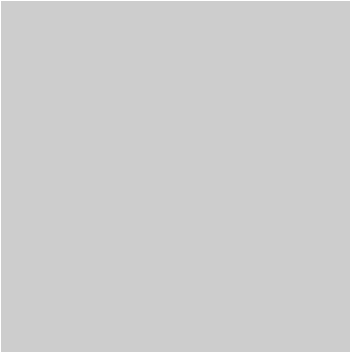


CANTERA



CRÉDITOS

CANTERA

Revista Literaria
NÚMERO 10
Septiembre 2020
www.revistacanteras.com
[@REVISTACANTERA](https://twitter.com/REVISTACANTERA)

EDITOR PRINCIPAL

Alejandro Martínez
[@ALEXM](https://twitter.com/ALEXM)

EDITORA ADJUNTA

Gabriela La Rosa
[@G_LRS](https://twitter.com/G_LRS)

DISEÑO

Mónica Mata Blanca
[@MON_MAT](https://twitter.com/MON_MAT)

PORTADA

Gustavo Talavera

ÍNDICE

5

HOGAR

Yonel Hernández

6

LA CASA

Jacqueline Goldberg

8

EN TORNO A MI HABITACIÓN

Jesús Velasco

12

FERAL

Andrea Paola Hernández

14

LA CASA ES UN CUERPO QUE SE HABITA

Ivette Díaz

18

TWEETS DEL ENCIERRO

Margo Glantz

24

¿QUÉ HACER CON EL TIEMPO?

Juan Soto

28

LA JARRA DE AGUA

Isa Saturno

30

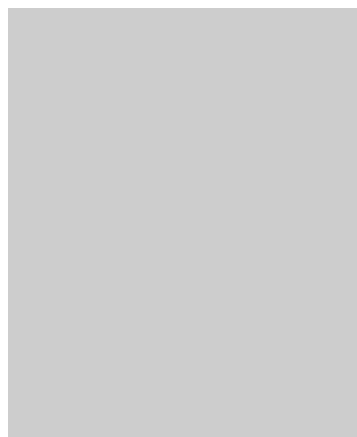
CASCADA VERDE

Alonso Burgos

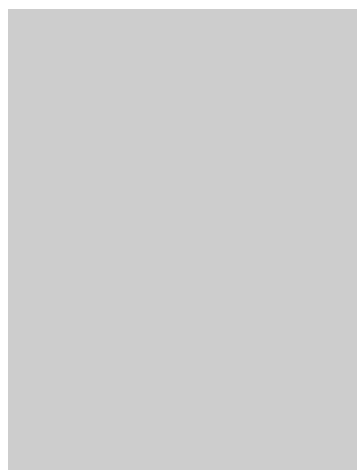
34

LA CASA NARANJA

Gustavo Talavera



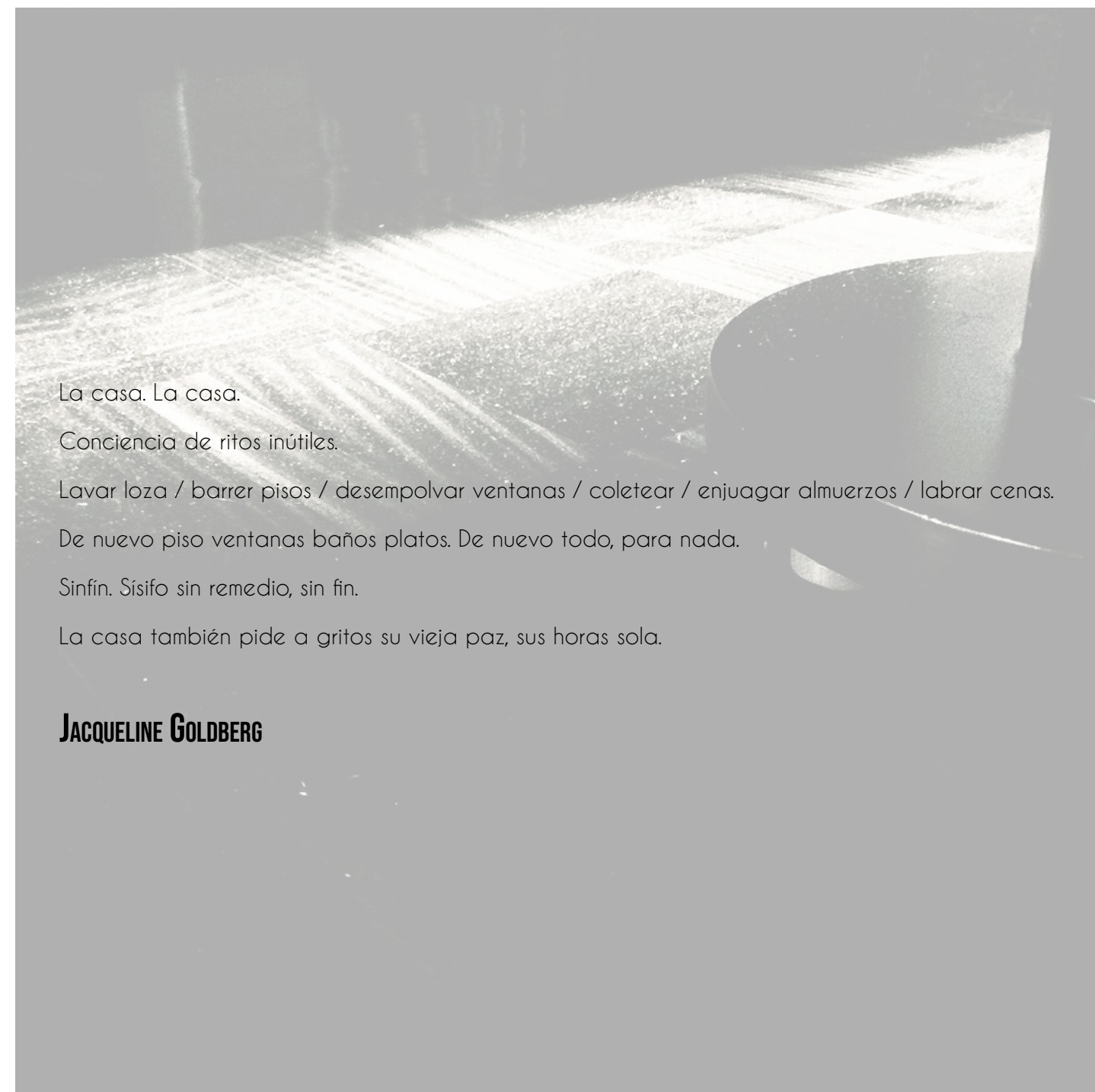
La casa ha sido durante meses nuestro único paisaje. Es la casa, con todo lo que contiene -el baño, la almohada, la jabonera, los cubiertos-, revelación y hastío. Algunos, desde sus balcones, pueden asomarse a retazos de la calle o de las ventanas de otros que también los miran, pero es la casa con sus pocos o muchos metros, con sus cajones y lámparas, la que se vuelve hoy más protagonista que nunca.



YONEL HERNÁNDEZ



FOTOGRAFÍA DE JACQUELINE GOLDBERG



La casa. La casa.
Conciencia de ritos inútiles.
Lavar loza / barrer pisos / desempolvar ventanas / coletear / enjuagar almuerzos / labrar cenas.
De nuevo piso ventanas baños platos. De nuevo todo, para nada.
Sinfín. Sísifo sin remedio, sin fin.
La casa también pide a gritos su vieja paz, sus horas sola.

JACQUELINE GOLDBERG



EN TORNO A MI HABITACIÓN

JESÚS VELASCO
FOTOGRAFÍA DE JESÚS VELASCO

Ayer mismo –poco importa cuál sea la fecha de ayer, siempre es ayer o a lo sumo hoy, en estos días–, ayer mismo mi compañera me recordaba que era la primera vez que entraba en un supermercado en cuatro meses exactos. Así que ese entrar era salir. Salir al interior de un lugar inesperado, cuyos receptáculos sobrepoblados de alimentos parecen ahora una fantasía. Una fiesta. El cuerno de la abundancia.

Durante tres meses, cuatro, ya no sé, solo hemos abundado en viajes interiores. Cada rincón de la casa, que no es muy grande, ha sido explorado minuciosamente. Las mayores aventuras que hemos vivido se las debemos a un ratoncito que durante unas semanas de invierno anduvo olisqueando nuestra cocina, hasta que un día se vio atrapado en una sustancia pegajosa de la que ya no se pudo mover hasta que lo liberamos en el exterior. Ni le dijimos adiós. No lo echamos de menos. Y luego, otra aventura: la aventura del recuerdo. Recuerdos que consisten en doblar el calendario y hacer coincidir el día de hoy –hoy siempre es hoy– con el mismo día de hace un año. Nuestro hijo mayor recordaba que hace un año, con la exactitud que se le puede pedir a un cronista de cuatro, surcábamos unos canales junto al Mediterráneo, y que cada uno de los puentes bajo los que navegábamos evocaba una historia que a él le gustaba contar y luego repetir: Scylla y Caribdis, las sirenas, las vacas del sol...

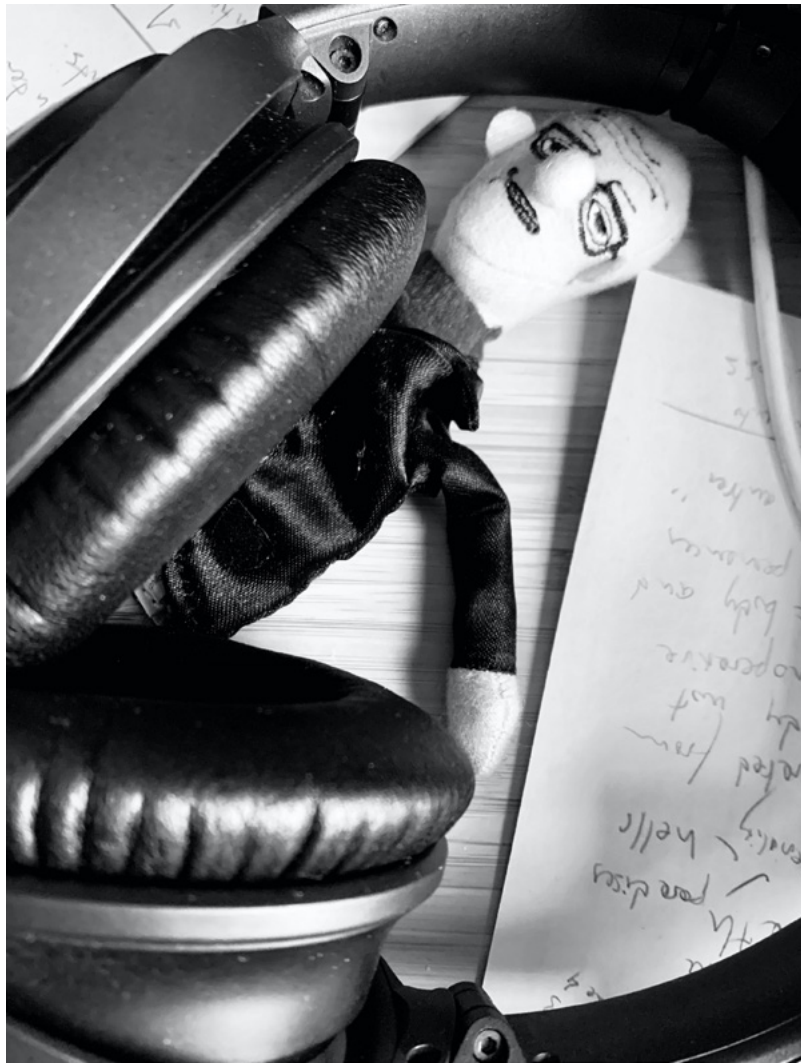
Quizá convenga añadir otra aventura. Algo que no sucede todos los días. ¿Un prodigio? Sin duda. En la peor semana de la pandemia en

Nueva York, nos vemos obligados a abandonar el hogar y recorrer la ciudad hacia el sur, bordeando Central Park y luego la calle 59, para alcanzar nuestro destino en un hospital de Midtown. Las calles fantasmalmente vacías parecen sugerir que la ciudad que nunca duerme tiene los ojos hinchados de un insomne; si no duerme ahora no es porque le urja la actividad, sino porque toda misión ha sido suspendida mientras las tiendas de campaña alojan personas moribundas, las unidades de cuidados intensivos están sobrepasadas, los pasillos de los centros de salud parecen campos de batalla. Pienso en un poema de César Vallejo.

“Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «¡No mueras, te amo tanto!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.”

Y todos los cadáveres, de verdad, seguían muriendo. La ciudad habría querido echarse a dormir, pero no pudo. Así que seguimos vagando en el interior de nuestros hogares, de nuestra pequeña o gran vida interior, como en los claustros de un monasterio abandonado, en ruinas, y ahora gestionado por una fundación para el turismo cultural –lo peor de lo peor.

Pero aún no he dicho que la razón por la que fuimos al hospital aquel de Midtown no era, ni muchos menos, que estuviéramos enfermos, sino que nuestra pequeña llamaba a su modo y deseaba salir del útero materno para, en medio de la muerte, aliarse con la vida. Eso fue hace tres



meses, quizá exactamente, si es que alguien supiera la fecha que es hoy.

Deambulé entorno al edificio del hospital, ya que no me dejarían entrar hasta que la madre estuviera lista en la sala de partos. Dos horas durante las cuales me encontré con esculturas que serán justamente destruidas en un futuro próximo, visitadas ahora por nadie. En pequeños recodos de los edificios, me crucé también con algunas de las miles de personas que en esta ciudad se ven forzadas a vivir al raso, y para quienes un refugio público en este momento supone una condena al virus.

Cuando me echaron del hospital, a pocos minutos del nacimiento, volví a casa rendido, pensando en los días que nos esperaban por delante. Una vez volvieran a casa madre e hija a los brazos de hijo y padre -tres días que du-



raron entre tres minutos y tres siglos—estaríamos ante toda una época de confinamiento, de relativa soledad a cuatro, en cuatro tiempos, en un compás de cuatro por cuatro. Nuestras familias al otro lado de varias fronteras. Nuestras amigas y amigos al otro lado de una serie de puertas que no nos atreveríamos a cruzar.

Volvería, tras la experiencia excepcional, el reposo, el pasear en torno al apartamento, el mirar afuera por las ventanas, el escuchar la radio incesantemente y consumir las noticias y sus contrarios, el intentar leer durante un rato al día, el suponer que las cosas ya no podrían ir a peor -cuánto nos equivocamos--, el imaginar el instante en que se produjera una revelación que nunca se produjo, el reservar unos minutos de tiempo para escribir a mano, para tomar una fotografía, para dormir. Tal vez soñar.



FERAL

ANDREA PAOLA HERNÁNDEZ

hago dos agujeros en mi pared
excavo con la punta de mis dedos
busco la forma de minar estos muros
un ejercicio alquímico de cambiar su material
que ya no sean telarañas
de las que se pegan al cuerpo mientras las rompo
la red inteligente que no me deja huir
no tiene sentido el confinamiento
me convierto en una niña salvaje
de esas que salen en el periódico
aparecen 13 años después sin manos
habilidades lingüísticas o sueños con forma
a veces pienso que son más felices
sin inflación ni antidepresivos
entre ramas de especies anónimas
entregadas a un alma en desuso

y cuando digo muerta por dentro
realmente digo entrañas en carne viva
digo culto al dolor silencioso digo
tragos de vómito ácido digo duele
duele duele cuando digo muerta por
dentro digo ojalá fuese posible dejar
de supurar fuegos regresar a mis ojos
ponerme zapatos caminar derecha
ojalá no saber cómo suenan los
órganos cuando se deshacen

dicen que la muerte más lenta va por el
estómago antes de morir desangrado tus ácidos
deshacen tus órganos tus miedos deshacen tus
huesos los ácidos de una gastritis crónica
que trato de contener en mi lengua los miedos de no
volver de no saber de no sentir siempre soy
estado líquido un caso médico perdido las
navajas y su vaivén a la altura de mi estómago
sobre un charco de bases químicas han
deshecho mi ropa

LA CASA ES UN CUERPO QUE SE HABITA

IVETTE DÍAZ
FOTOGRAFÍA DE IVETTE DÍAZ



Hace un año que dejé la ciudad donde nací. Dejé la ciudad, el país y el apartamento que había habitado siempre. Con ello dejé atrás una serie de “casas” que había estado construyendo desde hacía mucho tiempo. Meses antes de comenzar la mudanza y los procesos previos al viaje comencé a esbozar un proyecto escénico llamado “Domus Fracta: Casa Quebrada” que con cierto sabor propiciatorio ilustró el quiebre que dio inicio al viaje. Ahora tras todo el proceso migratorio se han disparado aún más las preguntas en torno a qué es La Casa como un concepto ampliado.

Entendiendo La Casa como un sujeto ambivalente: Toda aquella estructura que nos contiene (física o emocionalmente) dentro de otro lugar.

Todo fuera de este lugar, acaba representando siempre una intemperie, pero la figura de intemperie se hace aquí igual de ambivalente, pues una casa en sí misma puede ser tanto casa como intemperie dependiendo de la dimensión en la que se ubica la materia que contiene, un sistema a modo de muñecas rusas. Por ejemplo, la casa en la que se habita físicamente (en su sentido menos metafórico) tiene como intemperie la calle, pero la calle, que forma parte de una ciudad, de un país, puede ser en una dimensión más amplia otra casa. Asimismo la existencia de otras casas menos tangibles, casas representativas que se generan a través de los vínculos de orden emocional.

La familia / el barrio / sus habitantes / la interacción con un otro-cuerpo / el lenguaje / el vínculo

Al mirar nuestras casas (físicas o no) en conjunto con todos los elementos que la constituyen, cualquier cosa o ente externo a ella es una representación de la intemperie que una vez dentro de esta estructura representa un elemento disruptivo, un cuerpo que invade.



La manera en que nos relacionamos con estos espacios, (nuestro cuerpo incluido como la casa que nos contiene como individuos) es similar en todas sus dimensiones. Habitamos estos recintos a través del sentido de pertenencia y de identidad. Esta actividad placentera, casi terapéutica de cambiar la disposición de los muebles de la casa, se asocia directamente con una sensación integral de cambio, una apertura para cambiar nuestros puntos de vista. Mirar hacia otro punto cuando se toma el café de la mañana o dormir por la noche con los pies en dirección opuesta a la habitual. Es muy parecido a cuando cortar el cabello parece un mensaje de cambio: Ahora que te ves diferente, puede que seas capaz de actuar distinto a aquello que es ajeno a la dimensión corporal. Se es el color de las cortinas de la casa que se habita y el material del jersey que se escoge para llevar puesto. La decoración de estos espacios habla de los habitantes, lo mismo que sus olores y sus sonidos. Así como un cuerpo se modifica mediante su alimentación o sus hábitos, lo de afuera mueve lo de adentro, hasta por la reflexión de su imagen.

Todo aquello que toca como estímulo puede dar y modificar la forma

Construir.

Del lat Construere

Con- (unión, todo, junto) Struere (juntar, amontonar)

Por otra parte, en este juego de muñecas rusas dimensionales las casas son estructuras que pueden ampliarse o contraerse. Como las casas oníricas, casas cuyas formas visualmente desconocidas representan sensorialmente casas que hemos habitado en la vida despierta. Soñar con la casa de la infancia con una apariencia completamente diferente, ampliada o reducida en la cantidad de habitaciones, su tamaño o su ubicación. Ocurre también en las casas metafóricas que toda otredad no siempre permanece siendo otredad e intemperie. Las puertas y las ventanas de una casa pueden permanecer abiertas o cerradas de forma circunstancial para dar o negar la bienvenida a visitantes, pero de vez en cuando aparecen inquilinos, elementos que se introducen para formar parte de la casa en su nueva forma compleja.

Para construir una casa se parte de la necesidad de adaptación a un entorno de confort y familiaridad. Generar estas construcciones (que caben en posibilidades infinitas de proyección: relaciones interpersonales, dinámicas, lugares, estados permanentes) busca satisfacer la necesidad ancestral de habitar en resguardo y refugio, en un lugar cuya estructura cuide lo que somos, y de vez en cuando también nos lo muestre. La casa es un lugar donde podemos vernos a nosotros mismos.

Ídem

- Del lat Idem
1. Pron. El mismo, lo mismo
2. Adverbio
También o tampoco

Mientras más tiempo permanecemos dentro de una casa, más nos asociamos a sus formas y sus formas a uno mismo, nos hacemos parte de sus esquinas, de la sensación de sus paredes, el olor de sus pasillos. De un modo orgánico hacemos espejo en sus superficies y este reflejo nos reafirma lo que pasa y lo que somos.



Las casas tienden a pasar por dimensiones de quiebre porque nuestro cuerpo blando, intangible, la idea de nosotros y la proyección de lo que nos representa, pasa constantemente por estados de quiebre y transformación. Cuando una casa se endurece y su estructura ya no puede contenernos, la casa debe quebrarse. Somos arrojados a un momento de total intemperie en el que tenemos que valernos instintivamente de las herramientas disponibles para re-construir un espacio habitable. Reconstruir una casa es reconstruir la idea de sí mismo.

Construimos constantemente bunkers, chozas, edificamos estructuras en medio de grandes ciudades y de sus tumultos desde donde nos sentamos a mirar la intemperie por las ventanas. Puede que sentarnos a mirar hacia fuera sea un ejercicio para encontrar cosas que arrojen pistas de lo que sucede dentro de nuestra casa propia, de la Casa fundamental.

Sentarse a mirar desde el interior de una casa puede llevar al ejercicio constante de mirarse las ventanas y las puertas de sí mismo.

Barcelona, Abril 2020.

El 18 de mayo me comuniqué por correo electrónico con Margo Glantz. Semanas antes, había leído y discutido su libro Saña en el curso doctoral de Javier Guerrero en la Universidad de Princeton. Por curiosidad, visité el twitter de Margo Glantz. Durante la pandemia, me fijé que Twitter se había vuelto su espacio de contacto con el mundo exterior (Glantz twitteo: "¡Llevo hoy 61 días sin salir a la calle ! ¿hazaña homérica?"), pero también un nuevo soporte de escritura literaria (twitteo el 5 de abril: "La cuarentena me vuelve locuaz virtualmente").

En esta breve selección de sus tweets, suerte de microficciones del encierro, Glantz repasa en pocos caracteres su vida, sus lecturas, sus afectos, sellando su estela narrativa al tiempo de los algoritmos. Sobrepassando las miles de reacciones, sus tweets desplazan una virtualidad plagada de fake news y de mensajes efímeros. A Margo Glantz, muchas gracias por sus tweets, y por su escritura.

Aljandro Martínez



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 1

Ayer me lave las manos 215 veces

28

89

923



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 10

Negar la realidad no anula a la realidad

13

486

1.6K



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 14

He investigado mucho sobre las monjas de clausura , las recuerdo en vísperas de nuestro enclaustramiento

11

77

620



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 16

La docta ignorancia y la saña distancia

1

69

364



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 17

Una eterna Semana Santa o un perpetuo domingo

4

44

231



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 19

¿Qué relación puede haber entre el papel higiénico y las armas?

19

26

205



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 19

No creo que yo hubiera podido ser una buena monja

13

46

412



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 24

Estoy harta de que me agradezan mi comprensión

11

80

617

MARGO GLANTZ

TWEETS DEL ENCIERRO



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 27

Me siento mal la cuarentena, cada día envejezco más años

55

74

853



Margo Glantz @Margo_Glantz · Mar 18

Nunca pensé que lavarse las manos en sentido literal y figurado fuese tan importante

2

57

337



Margo Glantz @Margo_Glantz · Apr 1

De nuevo, mi calle vacía y mis manos resacas

7

58

490



Margo Glantz @Margo_Glantz · Apr 1

Un nuevo fantasma recorre el mundo y ya no es el comunismo

15

209

1K



Margo Glantz @Margo_Glantz · Apr 5

Hoy amaneció domingo , más domingo que cualquier domingo

29

440

1.9K



Margo Glantz @Margo_Glantz · Apr 7

Estoy conectada al@apple al internet al kindle al Netflix al tuit al fb y menos a la vida real

16

127

927



Margo Glantz @Margo_Glantz · 11 abr.

Estoy despeinada, despintada y ojerosa

46

141

762



Margo Glantz @Margo_Glantz · 12 abr.

El amor entra por los ojos, también el coronavirus.

8

69

441



Margo Glantz @Margo_Glantz · 12 abr.

Estoy viviendo un Apocalipsis múltiple, empezando por el estético

10

49

436



Margo Glantz @Margo_Glantz · 12 abr.

aniversario de la muerte de Sergio Pitól, mi gran amigo tan extrañado

9

46

690



Margo Glantz @Margo_Glantz · 17 abr.

¿Cómo se puede seguir siendo lo que antes estábamos siendo?

26

138

621



Margo Glantz @Margo_Glantz · 20 abr.

Por fin una buena noticia: la cuarentena está salvando a las abejas

28

528

3,4 mil

- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 28 abr.

Pandemia triple: De virus, de miedo, de soledad

52

731

3,3 mil
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 29 abr.

Zooming, streaming, webing, me pierdo con tantos ings

9

48

443
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 7 may.

Esta pandemia amenaza y dificulta el acceso a los libros y a la cultura en general, una de las consecuencias inmediatas de los totalitarismos

10

82

417
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 10 may.

Dicen que nos hemos convertido en hologramas

10

64

351
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 11 may.

Cada vez odio más la virtualidad y caigo en ella

8

67

423
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 11 may.

¿desconfinarse para comprar en Zara?

133

391

2,6 mil
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 13 may.

la normalidad se restablecerá con muchas anormalidades

8

115

463
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 14 may.

!no, no quiero verlo, no quiero leer nada más de Slavo Sisek!

17

62

549
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 15 may.

Todas las mañanas tengo que reconstruir mi cara

6

59

433
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 16 may.

Querido Monsi, tú qué andas allá arriba¿ qué dirías para documentar nuestro optimismo de lo que está pasando aquí abajo?

15

99

591
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 17 may.

A veces pienso que el tuit es como la heroína y más aún en tiempos de confinamiento

3

40

274
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 17 may.

No me consuela que el sol también se confine

4

50

460

TWEETS DEL ENCIERRO

- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 18 may.

!Llevo hoy 61 días sin salir a la calle ! ¿hazaña homérica?

18

38

673
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 20 may.

Ahora si, la depresión es global, financiera y personal

18

355

1,5 mil
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 20 may.

Vivimos entre algoritmos y estadísticas

17

90

423
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 24 may.

Hoy he estado dispersa y me he puesto a investigar porqué Mozart no utilizaba casi nunca el si bemol en sus composiciones

33

51

765
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 25 may.

No sé si puedo seguir viviendo sin un buen corte de pelo: observación por lo menos ociosa, pero real

7

24

256
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 27 may.

Memorias de mis rutas tristes

13

137

1 mil
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 29 may.

Las reuniones virtuales por weveos, zomeos y anexas cansan mil veces más que las llamadas reiniones presenciales

28

125

918
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 31 may.

Leer Faulkner es también entender las profundas raíces del racismo contra negros y de manera soterrada pero magnífica contra los "native americans"

4

66

339
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 31 may.

Ya casi no necesitamos pensar, emojinamos

15

178

816
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 31 may.

Manifestarse en coche refuerza el estereotipo

65

206

1,2 mil
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 3 jun.

Nunca me había levantado con tan pocos propósitos

38

139

1 mil
- 

Margo Glantz @Margo_Glantz · 3 jun.

Mi nieto de 6 años: Abu, riega las plantas, escribe un libro, la pandemia va a durar 5 años Abuela gallina y tuítica

8

28

521

- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 4 jun.

Lo mejor para evitar enfermarse es no vivir

54

513

2,4 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 10 jun.

Mis tuits se monotonizan como los días

8

14

293
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 12 jun.

Hay justicia poética: lo compruebo: he estudiado a las monjas durante 25 años y ahora estoy confinada

13

115

1,2 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 12 jun.

estamos viviendo un apocalipsis a domicilio

19

311

1,5 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 16 jun.

Estoy un poco confundida : ¿estamos ante una nueva normalidad o ante una nueva mortalidad?

54

351

1,5 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 18 jun.

Sigo trabajando con delirio en mi prision para evitar el contagio

5

29

355
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 23 jun.

Me gusta eso de que los fósiles demuestran que hubo migraciones: para entender el futuro

1

74

466
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 26 jun.

Maravillas : Hannah Arendt y Simone de Beauvoir . Ah, olvido imperdonable: Sor Juana

20

88

742
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 1 jul.

Por evitar morir , nos estamos muriendo

30

875

3,3 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 3 jul.

Estar en línea ya no significa estar esbelto(a), es estar sin cuerpo

9

267

1,3 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 4 jul.

Las monjas se flagelaban para abolir el cuerpo, basta ahora con una pandemia y el zoom para abolirlo realmente

2

90

517
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 4 jul.

Hoy bailé un buen rato Let it Still de Portugal the Man. Maravillosa canción

20

64

998

TWEETS DEL ENCIERRO

- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 11 jul.

Es aburrido despertar y encontrarse con lo mismo: una cara conocida en el espejo

23

112

879
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 11 jul.

¿Habrá un después de la pandemia?

112

203

1,1 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 13 jul.

Todos los productos protegen sólo el 99.99 %

15

62

452
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 15 jul.

La culpa es de los tlaxcaltecas

28

121

841
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 22 jul.

ha sido tan constante la inexistencia que no advertí que se está acabando julio

3

96

573
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 24 jul.

Da horror ver a la gente sin mAscara y con máscara también

9

117

800
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 25 jul.

No querer bañarse ni tender la cama

32

127

1,1 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 25 jul.

Ahora mi pasatiempo mayor es mirar cómo pasa el vacío

10

116

683
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 26 jul.

Las redes sociales se vuelven obituarios

13

77

501
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 27 jul.

Un muro derribado por un huracán : ¿simbólico?

9

63

546
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 29 jul.

Es inconcebible que a estas alturas se siga prohibiendo el derecho de las mujeres a disponer libremente de su cuerpo

34

628

2,7 mil
- 

Margo Glantz

@Margo_Glantz · 31 jul.

Tengo el concepto, pero no la narrativa

19

398

1,9 mil

¿QUÉ HACER CON EL TIEMPO?

JUAN SOTO

Soy montador y de vez en cuando hago películas con el archivo involuntario que vamos acumulando en las cámaras digitales y en los celulares. Lo hago por reflexión más que por nostalgia, porque disfruto de ver la huella que deja el tiempo cuando pasa.

Lo más notable en este tiempo de confinamiento, quizás sea el hecho de tener más tiempo para esa reflexión. Sin afán por ir al cine, ni ver a nadie, a uno le queda tiempo para sentarse en la ventana, mirar a un punto fijo y respirar por largo rato hasta que algo dentro se empieza a aquietar y el ruido de los pensamientos baja su volumen.

Estando así, en ese estado de confinamiento interior, tan físico e íntimo, recordé unos prismáticos que estaban por ahí acumulando polvo y tiempo (que bonita palabra es "prismáticos"), y recordé también que mi madre, como a los 12 años, me regaló un pequeño libro de poemas del siglo XV que me abrió la cabeza en dos: leemos para fantasear y esa fantasía tan física que producen los Sonetos Lujuriosos de Pietro Aretina, se convertiría en una fiel compañera, así que con todo eso, más la invitación del Máster en Documental de Creación de la Universidad Autónoma de Barcelona, decidí sextear este mensaje al hondo océano que es el internet. La fantasía no cesa, ni desaparecerá infectada por un virus o comida por un cáncer.

Ps. Después de escribir esto me di cuenta que la pregunta no era sobre "el tiempo", sino sobre "la casa", el espacio, pero de repente me pareció que en estos días de confinamiento son la misma cosa.



SEXTING

Cortometraje - 2 minutos - DCP - Spanish

Aporte al Abecedario Audiovisual del Coronavirus del
Máster en Teoría y Práctica del Documental Creativo -
Universitat Autònoma de Barcelona (UAB).

Disponible en: <https://vimeo.com/418507102>



LA JARRA DE AGUA

ISA SATURNO

Amarte
es llenar la jarra de agua.
Dios sabe
lo que eso cuesta.

El hombre
no llena jarras de agua.
Las olvida
y toma agua de los charcos.

Amarte
es llenar la jarra de agua.
No pienses
que soy ese hombre.

No soy ese hombre.

Cargo la jarra de agua
la transporto
la llevo a la fuente
abro la fuente y espero
cargo la jarra y la guardo.

Amarte como hombre.
Dios sabe lo que eso cuesta.

En el verano del 2018 participé en una excursión como parte de un seminario de la universidad a la que asistía. Los alumnos nos encontramos temprano frente a una de las entradas del edificio principal, abajo de las letras de la institución donde recién graduados, familiares orgullosos y algunos turistas perdidos llegaban a tomarse fotos de vez en cuando. Alguien comentó que nunca había estado en la universidad tan temprano, y lo dijo con un tono de orgullo que yo no pude distinguir si era de burla o completamente serio. Ya había amanecido, y no se podía adivinar el calor intenso que iba a hacer durante el resto del día, como para querer meterse en un hoyo profundo en la tierra. La profesora que organizó el viaje llegó un par de minutos antes de que apareciera el minibús blanco que nos llevaría hacia el interior de Alemania, a la colina de Ettersberg, entre Erfurt y Weimar, donde desde 1937 hasta 1945 estuvo en funcionamiento el campo de concentración de Buchenwald.

Fue mi primera visita a un campo de concentración y, como tal, la experiencia quedó grabada en mi memoria como algo sumamente intenso, deprimente y desgastante. Recorrimos el imponente memorial a las víctimas construido por el gobierno de la RDA y la enorme superficie cercada donde se encontraban las barracas de los prisioneros y los pocos edificios que siguen en pie, como el cuartel principal de la administración del campo y el crematorio. Recuerdo que, para entonces, luego del largo viaje, el sol se encontraba en su cenit. Mientras hacíamos pausas cortas para escuchar las presentaciones que todos habíamos preparado sobre algunos de los muchos artistas, escritores y músicos hombres y mujeres que habían estado internados en Buchenwald durante sus ocho años de maligna existencia, el efecto del calor y del agotamiento emocional y físico fue haciéndose visible en las caras de todos. Varias personas lloraron en algún momento durante la visita. Yo todo el tiempo estuve más bien intentando entender

lo que estaba pasando, así como descubriendo la brecha abismal que se había abierto entre lo que hasta ese momento creía saber sobre lugares y momentos de la tragedia, y lo que estaba viendo y experimentando ese día.

De eso ya casi habrán sido un par de años, y ahora que estoy encerrado y solo en mi departamento mientras la humanidad parece estar pasando por una nueva pesadilla colectiva, de pronto me viene a la memoria la visita a Buchenwald. ¿Por qué? ¿A qué viene al caso mi recuerdo del encuentro con uno de los lugares marcados por la atrocidad en este momento que, más que atroz, me sabe llano y anodino? No es que piense que se deba comparar la magnitud de la atrocidad de Buchenwald con lo que está pasando, ni mucho menos que mi experiencia personal en este momento tenga el más mínimo parecido con lo que experimentaron las miles de personas que pasaron por ahí. No obstante, estoy sentado aquí frente a mi escritorio desordenado y mi taza de café de hace quién sabe cuántos días y me cuesta trabajo pensar en otra cosa. Desde aquí puedo ver el jardín de las viviendas cercanas y la enorme pared del edificio de junto cubierta por la enredadera que está reverdeciendo de arriba a abajo, como queriendo ser una cascada lenta y verde. Quizá lo que pasa es que todo esto me recuerda a lo que más me impactó de toda la visita a Buchenwald: la belleza casi aterradora del paisaje

CASCADA VERDE

ALONSO BURGOS

primaveral alrededor del encercado, la vista espectacular sobre Weimar y las cercanías y el cielo azul matizado por el sol potente.

Lo que me sorprendió más fue darme cuenta de algo evidente que hasta entonces no había concebido, tal vez simplemente por ingenuo o por una tendencia medio estúpida de imaginarme todo lo relacionado al Holocausto y sobre todo a los campos de concentración como si estuviera viendo *La lista de Schindler*, o *Shoah* o alguna otra representación tradicional en la que la tragedia no sólo está en lo que le hacen unas personas a otras, sino también en el ambiente oscuro, en la lluvia, en el lodo sobre el que invariablemente caen los cuerpos cansados y raquíticos y en el cielo nublado y gris; la catástrofe en sintonía con todos sus objetos y entornos. Creo que estar en un día objetivamente precioso -aunque caluroso- en Buchenwald en 2018 me hizo de pronto darme cuenta de que durante los meses cálidos de los varios años en los que se desarrolló ahí la tragedia diaria, debió de haber habido decenas, quizá cientos de días así. El verdor de la vegetación de la Etters-

berg habrá sido el mismo, así como el cielo azul matizado por el sol potente y la vista espectacular a Weimar con su insignificante gente llevando a cabo sus vidas y fingiendo no saber lo que estaba pasando tan cerca.

Ahora que por razones y en maneras muy distintas se respira este aire raro de la catástrofe y la tragedia en todas partes del mundo, la naturaleza no parece haber cambiado su indiferencia hacia el sufrimiento humano. En todo caso, hoy en día parece tener aún menos razón para dejar de ser indiferente a lo que nos pasa. Ahora yo mismo puedo ver a través de la ventana de mi cuarto y constatar que lo terrible no está sucediendo en blanco y negro, en el lodo y con el *soundtrack* de algún violín deprimente y abúlico sumergiendo todo en el aire de la miseria y el sufrimiento. Al contrario. Lo único que se escucha aparte del silencio es el canto ocasional de algún pájaro y la vista de la cascada verde frente a mi ventana comparte algo de la belleza aterradora de la colina de Ettersberg.

El día de hoy he perdido la cuenta de cuánto tiempo llevo sin sa-

lir. No que me importe. No que haga una diferencia. Creo que me preocuparía o tendría más posibilidad de perder la cordura si no tuviera al menos algunos indicios de que el tiempo está pasando. Me parece que hay una diferencia entre encontrarse perdido en el paso del tiempo y tener la impresión de que el tiempo no pasa, y por ahora, resulta al menos un poco reconfortante identificarme más con lo primero. No es difícil darse cuenta de que el tiempo pasa, incluso si uno se encuentra en el encierro; incluso si uno intenta activamente no estar al pendiente del desarrollo de las cosas en el mundo de afuera; incluso si uno no tiene pegada la mirada al segundero del reloj de la sala. Bueno, eso sería asumiendo que el reloj tuviera baterías y no llevara parado en las 7:43 de algún día olvidado de 2017, cuando aún seguían aquí Daniel y Diego y había más gente en este departamento, en alguna de esas cenas de demasiado vino, de guitarrazos desafinados, cigarros y cantos de gallina viuda.

Ahora que lo pienso, este mismo reloj detenido quizá sea la prueba de lo que creo que estoy intentando decir de que el paso del tiempo en realidad está donde uno menos se lo espera; en lo pequeño y en lo insignificante. Si el reloj detenido de la sala fuera la única referencia a la que pudiera recurrir para comprobar el paso del tiempo en estos días de monotonía encerrada, o de monótono encierro, seguro que mi cordura restante ya se habría

desparramado en los 100m2 de imitación de madera del departamento y yo estaría arrastrándome y viéndolo abajo de los muebles intentando recogerla, persiguiéndola como a un ratón prófugo. Ya me habría puesto a pintar manos y ojos en las paredes blancas o a entonar el himno nacional de algún país que ya no existe mientras los vecinos de la cuadra cantan alguna cursilería como *Imagine* o *We are the World*.

Por lo pronto, no sé qué día es. No sé cuánto tiempo llevo sin bañarme o cuánto tiempo llevo sin rasurarme, y la ridícula mancha de mugre y pelos malos que tengo sobre los labios podría dar indicaciones engañosas. Tampoco sé hace cuánto tiempo fue que abrí las noticias y de pronto decidí que todo era demasiado, que ya no aguantaría más sin sentir un vacío irreparable en el alma, el jodido *Weltschmerz* que a mí siempre me había parecido un sentimiento falso invocado por el tipo de gente que describiría un atardecer como doloroso o a un completo desconocido como hermano de miserias. La corriente constante de catástrofes cotidianas arremetió de pronto con la marejada de la nueva gran catástrofe que hizo que todo se desbordara y que se resquebrajara el hormigón de todos los rompeolas, y yo me encontraba ahí, observando el derrumbe. De pronto me vi a mí mismo a punto de llorar desconsoladamente con el video de una enfermera que no conozco que grabó una sala de cuidados intensivos en un pueblo que no conozco, que estaba llena de gente que no conozco con más aparatos conectados a sus cuerpos asediados que una computadora de café internet. No sé cuándo fue eso, pero desde entonces metí mi celular en el congelador donde sigue la botella de cerveza reventada y decidí sumergir la cabeza en todos los libros de mi librero y más tarde, del departamento en general. Empecé con las ficciones dignas y sesudas que llevaban rato esperando a que tuviera tiempo para leer con calma; esos mamó-

trechos decimonónicos de nombres de la literatura inevitables que he invocado demasiadas veces sin haber leído uno sólo de ellos. El canon se me agotó pronto, y la verdad sin haberme cambiado mucho la vida, así que hace no mucho (aunque una vez más, no sé hace cuánto), acabé leyendo los libros de cocina que dejaron los inquilinos anteriores. Eso en cierto sentido fue bastante más interesante y gracioso. Tal vez incluso me hizo pensar más acerca del significado de las cosas. Hice una nota para recordarme que en algún momento alguien que no sea yo va a tener que escribir una disertación sobre la poética de las recetas de cocina contemporáneas. Quizá la clave para entender *el ahora* se encuentre en la lista de ingredientes de algún platillo de cocina *fusion* peruano-etíope-japonesa. Quizá sólo estoy muy aburrido y sin quererlo, estoy haciendo un esfuerzo exagerado por alejar mis pensamientos de lo que sea que esté sucediendo afuera. Intento convencerme de que este departamento que se ha vuelto mi mundo contiene alguna totalidad encerrada que aún está por descubrirse. Desafortunadamente no tengo acceso al sótano del edificio. Si no, ya me habría ido a acostar sobre el piso de baldosas en la oscuridad esperando ver el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos.

Lo que sé es que a pesar de mi distanciamiento voluntario de cualquier información acerca de lo que está pasando afuera y a pesar de la desorientación temporal, en desafío a mi aparente soledad en estos 100m², el tiempo también se ha pasado por los cuartos vacíos del departamento como un mal ladrón; dejando huellas y pistas de su presencia pasajera sobre las cosas. En los muebles y los objetos de los cuartos de Diego y Daniel se ha aco-

modado una delgada capa de polvo que le da una apariencia opaca y tersa a todo. De eso me di cuenta hace no mucho que me puse a hacer uno de mis recorridos por los cuartos del departamento ensayando discusiones con los cabrones anónimos que en algún momento van a querer aprovecharse de mí cuando las puertas de las casas se hayan vuelto a abrir y cuando quizá este mundo sea un lugar un poco más rancio y despiadado. Estaba en una de esas discusiones hipotéticas que luego dejó correr en mi cabeza en las que hago un uso de la razón y la retórica como para dejar a Sócrates tartamudeando, cuando entré al cuarto de Diego y me puse a ver las cosas sobre su escritorio. No era la primera vez que lo hacía desde el comienzo del encierro. En algún momento empezó a causarme cierta fascinación entrar a los cuartos de mis compañeros que escaparon antes de que la cosa se pusiera tan mal y ver el estado en el que habían dejado sus enseres en la huida: los ganchos de ropa en el piso o en la cama, los cajones de algún escritorio abiertos, la superficie de una mesa cubierta por documentos hacinados y algún libro a medio leer. La verdad es que no me tardé en decidir que, salvo por los platos sucios que dejaron en la cocina o en la sala, dejaría las cosas de ambos exactamente de esa forma, no porque no tuviera la confianza con ellos o en teoría la disposición y el tiempo de arreglar el desorden del departamento ahora que soy y seré su único habitante hasta quién sabe cuándo.

El asunto es más bien que hay algo en los cuartos de Daniel y Diego que me hace pensar en las imágenes del abandono de las cosas a raíz de otras tragedias, como las imágenes de los cientos de cuartos y edificios abandonados en Pripyat el día que el gobierno soviético comenzó a reaccionar de manera seria a la explosión del reactor 4 de la planta de Chernobyl

y decidió evacuar a miles de familias. (Por cierto, en la historia de esa otra gran tragedia también se sabe de varias personas que se opusieron a abandonar sus casas y se escondieron del ejército cuando llegó el momento de la evacuación. La razón era que pensaban que todo era mentira. No se podían creer el cuento del riesgo existencial y de lo catastrófico de la situación porque los días primaverales después del accidente seguían siendo tan cálidos, lindos y soleados. Tal vez en alguna pared de ahí también estaba reverdecido una enredadera que hizo que el anuncio de la tragedia resultara tan inverosímil). También pensé en las imágenes de pueblos que fueron siendo abandonados familia por familia a causa de la violencia descontrolada hasta que sólo quedaron casas con las puertas y las ventanas abiertas, como desnudas y esperando el momento del ultraje.

Creo que lo que me intentan sugerir las cosas dejadas por Diego y Daniel es que, cuando se plantean seriamente las posibilidades de la catástrofe y se tienen que tomar decisiones que en circunstancias normales conllevarían bastante premeditación, como la decisión de abandonar la casa y huir sin rumbo certero, incluso en ese momento en el que las circunstancias ya

se han vuelto tan serias como para partir, uno alberga la esperanza de regresar, o de que al menos existirá la posibilidad de rescatar lo que se dejó atrás. Por lo menos sé que mis compañeros de piso dejaron sus cosas así y aquí antes de lanzarse a cruzar el Atlántico pensando que en algún momento regresarían y que las cosas no habrían cambiado tanto como para que ya no hubiera un hilo de sentido que retomar de sus superficies. La promesa que imagino que anhelan ellos y muchas otras personas que huyeron ante esta rara amenaza de lo invisible y todos los demás que huyen y han huido por otras razones desde siempre, es no sólo que habrá un regreso, sino también un reconocimiento de aquello a lo que se regresa. Diego entrará en el futuro incierto a su cuarto y verá el caos de papeles, notas y documentos en su escritorio, pero seguirá en facultad de reconocer lo que dicen y a qué se refieren y recordará de acuerdo a qué criterio privado y sagrado estaban clasificados y organizados antes; a qué parte del archivo de su memoria correspondían. Daniel verá las prendas tiradas sobre su cama de agua destendida desde hace semanas, o meses o años, y podrá ponerlas en sus ganchos y recordar en qué tipo de ocasiones le gustaba ponerse la playera negra con cuello redondo antes

de que todo cambiara, pero no tanto como para hacer ese reconocimiento del hábito y de la vida dejados atrás imposible. Podrá sacar su guitarra del estuche sobre el piso y los tonos de las cuerdas desafinadas aún le podrán sugerir algo. Sus dedos guardarán aún la memoria de cómo moverse por los trastes rozando el acero tenso y oxidado hasta tocar el comienzo de alguna de las canciones ya gastadas de tanto que las ha tocado, y yo podré también escuchar ese comienzo y reconocerlo. Podré inventar alguna melodía que no me puedo imaginar si tomo mi guitarra y me pongo a tocar solo en este momento.

Así como Diego y Daniel anhelan el reconocimiento de sus cosas al momento incierto de su retorno, todo lo que es dejado atrás en la huida de la catástrofe espera ser reconocido. Yo también espero ser reconocido por ambos cuando regresen. Más que enfermarme, pasar hambre o perder la cordura, lo que temo es volverme un fantasma. Temo ser olvidado mientras todos tienen cosas más serias de qué preocuparse y yo me dedico a estudiar la acumulación del polvo y el reverdecir de la pared del edificio de junto. Mientras veo cómo las señas del abandono hacen su conquista sobre los objetos que anhelan el reconocimiento de sus dueños, no puedo evitar pensar que yo también me estoy cubriendo de polvo aunque me esté moviendo todo el día entre las paredes del departamento. No sólo veo que mi cabello crece junto con mi bigote ridículo y que a mi mirada len-

tamente se le está agregando la profundidad de la locura. Mi piel también parece estarse cubriendo de una capa que le da una apariencia cada vez más opaca y tersa. Quizá por mucho que lo queramos yo y los enseres de Daniel y Diego, el reconocimiento nunca llegará, incluso si ambos regresan. Tal vez nunca se volverá a la normalidad incluso si las cosas vuelven

a ser normales, y el precio de no experimentar el sufrimiento de la tragedia es volverse invisible ante los ojos de todos los que sí fueron cambiados por lo trágico.

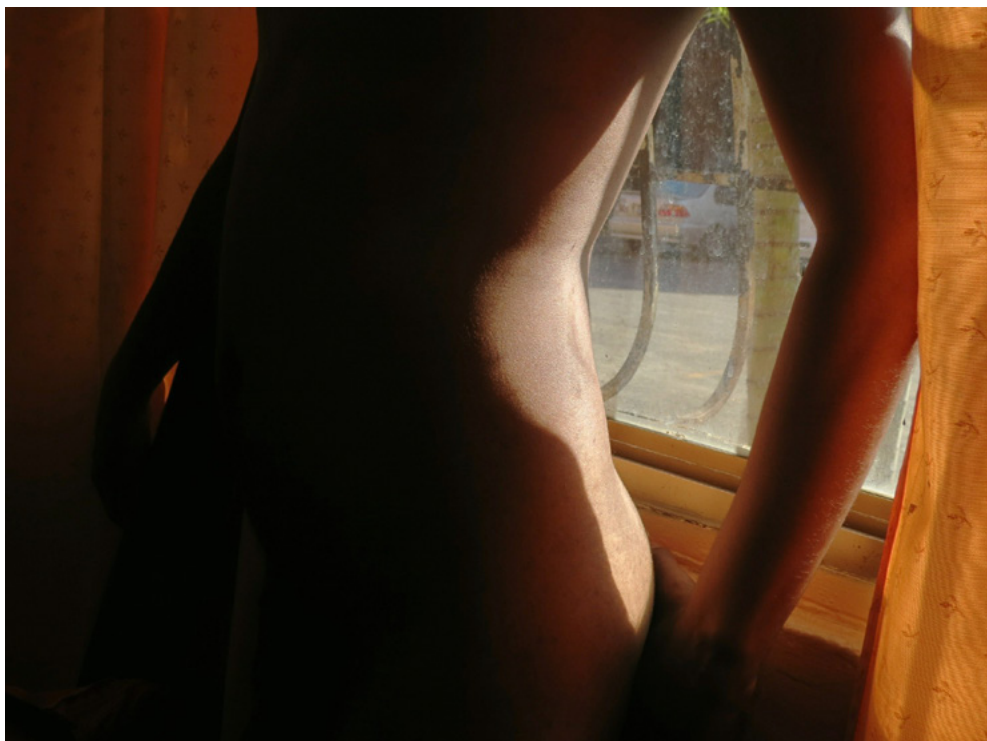
Hasta que todas esas cosas puedan saberse, seguiré siendo testigo del paso del tiempo sin saber cuánto tiempo ha pasado de esta catástrofe matizada y lejana. Incluso podré seguir haciéndome a la idea de que el sufrimiento no es tan grande, que lo incierto no durará tanto y que cuando todo pase, cuando pueda lanzarme fuera de estos 100m² de objetos abandonados, muebles baratos y libros hasta el hartazgo, seguirá habiendo un mundo que pueda recordar de antes, tanto por lo bueno como por lo malo. Tal vez yo también pueda encontrar algún hilo de sentido colgado de una esquina en la calle, amarrado a la puerta de algún vagón de metro, o asomándose por la comisura de los labios de una persona que me sonría. Será un hilo que sólo yo pueda ver y que sólo yo pueda tomar para hallar la salida del laberinto raro y brumoso de este encierro anodino en medio de la tragedia, de esto que se siente como una inversión del verso de Baudelaire que tanto le fascinaba a Bolaño; este oasis de aburrimiento en medio de un desierto de horror.

No sé qué día es y no sé cuánto tiempo ha pasado desde que comenzó todo esto. Tampoco sé si lo que está pasando afuera se haya vuelto más o menos catastrófico y terrible. Por lo pronto, lo que sé es que la cascada verde a través de la ventana y el sol primaveral que brilla y se pone todos los días no descartan que siempre, en cualquier lugar, se pueda estar desenvolviendo la tragedia, y que poder preocuparse de nimiedades como el raro paso del tiempo y el abandono de los objetos es señal de que uno todavía no se vuelve parte del reparto.

LA CASA

NARANJA

GUSTAVO TALAVERA



Personas de un edificio
y una ceta de autobús
Este día ví a Maper

08/02/2020

¿Por qué fotografía? A veces pienso que solo se volvió costumbre, y me puse a pensar en no fotografíar más porque creo que no me sé ahí pero hay manera de estar lejos de la fotografía. Hoy por ejemplo, no fotografíé. No fotografíé. Pero pensé en imágenes, pensé en historias también. Aunque hoy he estado muy enfermo y me levante apenas a mitad de la tarde. Hablé sobre fotografía y cine con Lerausto. Descargué algunas películas. No hay forma de que no piense en la imagen. ¿Por qué esta necesidad de crear, inventarme, verme, imaginar? Hoy sentí esa necesidad (cada cierto tiempo me he ordenar mis fotos, que me sienta un poco como ordenar mi vida. Y encontré en internet la imagen de la primera imagen que publiqué. Era una foto de la luna titulada "Luna". Me causó risa. La otra, la segunda foto: un autorretrato en collage, blanco y negro y contrastado. En mi antiguo cuarto, aquí, en este apartamento donde he vivido (casi) siempre. Fue en el 2013. No recuerdo cuándo fue mi cámara por primera, quizá alrededor de 2011. Antes usaba cámaras digitales pequeñas. No hay fotos de esos tiempos. Tengo miedo de perder estas imágenes que sí puedo aún tener. En el 2013 yo tenía 45 años, y luego 16. El cine llegó después, y todo ha sido mixtreado, mixtreado, difícil de asimilar y comprender a la primera. A veces me desorienta, el ego, la necesidad extraña de ser reconocido. Tener 'un nombre' en el mundo del arte. Pero no quiero eso. ¿No sí? Es que no sé. Quiero hacer un arte sensible, que me sostenga el alma, que me sostenga, que me abra y me hable. ¿Qué es el arte? ¿La fotografía y el cine?

que son en mi vida? ¿Por qué hago fotos? ¿Por qué quiero hacer cine?
¿A dónde voy?

Lista de cosas por hacer

- Organizar mi fotografía
- Enviar cuerpo de trabajo a Diego Manduca (ID Latam)
- Organizar fotografía de celular
 - ↳ respaldarla en nube
 - ↳ o subirla a albumaree
- Agilizar la producción de Cuentos, celos, palabras, nubes.
 - ↳ ¿Por qué esto es importante? (puede no ser ahora?)
- Actores
 - ↳ última semana de Abril
- Productora
- Equipo técnico

Necesito organizarme.

- Buscar el photoshop portable (donde Mar).
- Leer los libros y ensayos que me he propuesto leer y que no he puesto la verdadera disposición/amparo/tiempo para hacerlo. ¿Por qué no lo hago si de verdad lo quiero?
- ¿Cuándo otros cosas? ¿cuándo quiero?
- Tiempo para crear.
- Quiero ganar dinero.

Hoy es 13 de febrero. Este año pasa rápido otra vez. Pronto tendré 23 años, pero no es algo por lo que quiero preocuparme. Me gusta ver el tiempo pasar por mí (o soy yo pasando en el tiempo). Mi madre, el otro día, me dijo que yo pensaba demasiado. Yo a veces creo que no pienso lo suficiente. A veces no quiero pensar. Estos días he estado ansioso y no sé qué me angustia. Hay tantas cosas pasando en mi mente, que pasan como insectos pero no. No se dan cuenta que me hacen daño. Son mi sombra, quieren desvelar qué hay ahí. Quiero volar y darle libertad. Estos días el corazón me ha palpitado fuerte, eso es mi cuerpo. También otras veces he sentido un hueco en el pecho, como un gran hoyo en el medio de mi cuerpo que me divide. No me he sentido del todo bien, quiero cuidar mi salud. Debo empezar a cuidar mi salud. Creo que empezar a hacerme tan consciente de todo lo que pasa en mí, adentro, me perturba. Pero no quiero retroceder, quiero afrontarlo, enfrentarme, hacerme ver. Tengo que cambiar radicalmente mi situación en mis países. No se siente bien. Esta casa, este espacio te comiénto de la casa me hace ansioso. ¿Yo estoy solo? No. Pero se siente así. No poder compartir por completo quién yo soy con mis padres es de verdad incómodo en este momento de mi vida, en el que no me cabe nada que soy diferente a otros. También la ansiedad de terminar la universidad, de querer hacer arte, de haber solido mi cuenta de 16, de no saber qué hacer con mis fotos, de filmar este corto metraje. Tal vez...

Tengo esta imagen de mí, andando. Solo. El atardecer. Viento. Observando. La plenitud de la caminata solitaria, dulce. El amor de todo el mundo, sin palabras. Como a veces me aburo de la gente y de mí. Solo el arte y el amor libre y Dios mismo. En mi vida, nada más. Ir a la playa, dormir a las cuatras de la tarde en la arena. Este sábado iré a la Guaira.

"La esencia del arte no se encuentra en su forma exterior sino en su contenido espiritual"
- Stanislavski, preparación del actor.

No imitar lo, vivirlo.

Documento vivo, documento único.

... con todos los elementos de realidad espontánea que se ofrecen (se presentan) ante el artista, si éste no es honesto, o si, aún siendo honesto no es consciente de su responsabilidad, no sabe o no quiere cuáles son los elementos característicos que definen una realidad cualquiera, puede producirse una imagen que a pesar de la utilización de documentos reales, la imagen de la realidad queda desvirtuada, falsificada.

Stanislavski.

La facultad creadora de lo inconsciente por medio de la conciencia consciente.

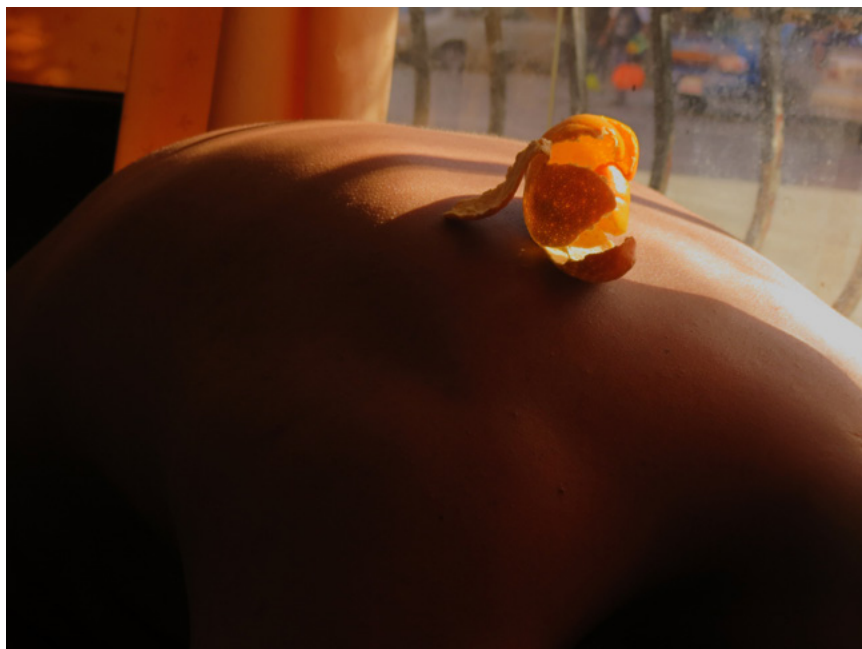
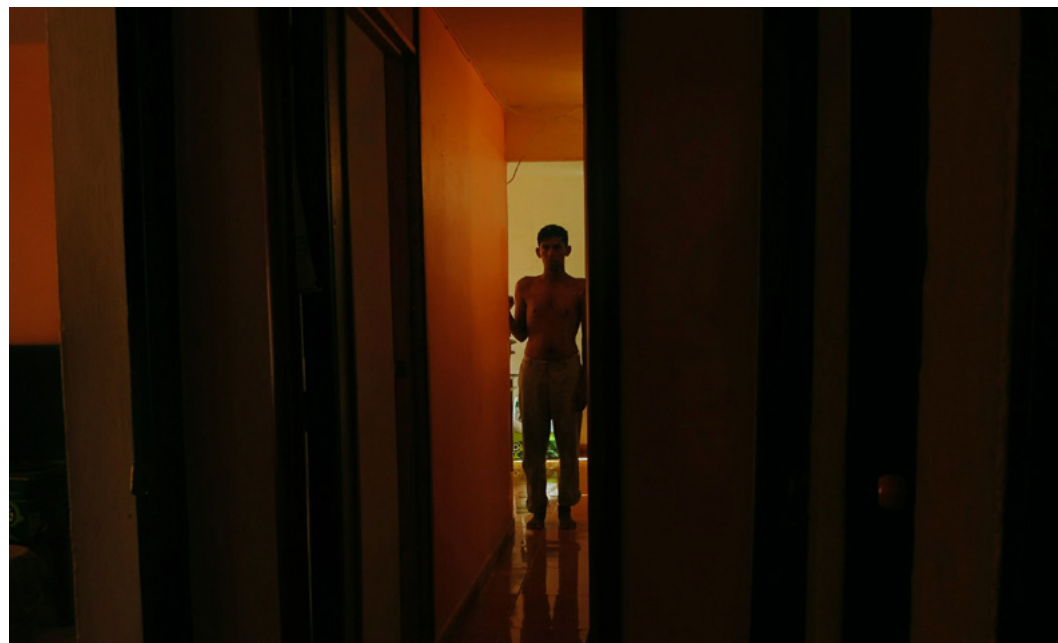
"Cuando comprendo un pensamiento en su totalidad dividirlo en sus partes y estudiarlas una a una"

Odio ~~+~~
odio al calor que hace odio que algunas cosas como abrazar me den para odio pensar que quiero dejar el café y odio no dejar el café odio estar haciendo café esta noche odio ver la luna y pensar "la luna está llanísima y los escorabajos dicen tu nombre" odio pensar en poemas odio la mirada que doy odio conérmme con toda persona que vea odio querer rápido a la gente odio el deseo odio que digan "eso es de hombres" odio que digan "eso no es de hombres" odio que existan los hombres odio que no existan los hombres odio tener que ser hombre odio no ser hombre odio no saber qué es un hombre odio saber que soy hombre odio mirarme al espejo odio no mirarme odio no saber ningún chiste odio sentirme molesto agobiado abrumado enredado fastiado, odio ver la espalda de mi madre odio tener a los cuchillos que sostiene mi madre odio el enigma odio las preguntas que me hago odio pedir en abrazo odio querer un abrazo odio no saber abrazar odio no ser un niño odio no ser espontáneo odio pensar el futuro odio pensar la gente en un segundo odio pensar todo el día en alguien odio no saber el presente odio no pensar el presente odio olvidar botar la basura odio olvidarme de la comida que cocino odio sentir que nunca encaja con nadie odio sentirme prescindible odio la rabia odio la máscara odio horror lo que escribo

¿Por qué nacemos y somos entregados al enigma?
¿Por qué nos son dados los enigmas?

Nunca veré mi pulmón Nunca veré mis átomos
Nunca veré mis huesos Nunca veré mis ganglios
Nunca veré mis venas Nunca veré mis ganglios
Nunca veré mis músculos Nunca veré mi esopago
(Nunca veré mi daño) Nunca veré mi boca
Nunca veré mi sangre Nunca veré mis dientes
Nunca veré mi paringe Nunca veré mi lengua
Nunca veré mi espalda (Nunca veré mi espíritu)
Nunca veré mi espalda completa Nunca veré mis riñones
Nunca veré mi corazón completo Nunca veré mi corazón
Nunca veré mi estómago Nunca veré mis ojos
Nunca veré mis oídos Nunca veré mis oídos
Nunca veré la piel debajo de la piel ¿qué me cubre?
Nunca veré mis oídos (Nunca veré mis recuerdos)
Nunca veré el líquido amniótico Nunca veré lo que está más allá de mi piel Nunca veré mi mente
Nunca veré mis glándulas Nunca veré mis nervios
Nunca veré mi pensamiento

He tratado de ser empático. He tratado de hablar poco porque tú tampoco hablas y pienso que no te gusta hablar. He tratado de quererte, de soportar la ira, la violencia en ti. Es tan difícil. A veces solo quiero irme y pienso que es lo mejor. Puede que yo sea muy sensible, pero no sé cómo ser de otra forma y también es que así no daño a nadie. En cambio tú me haces daño a mí, pero te entiendo, porque no te das cuenta y actúas como sabes hacerlo, no tienes otras formas y tienes un pasado, una creencia, unas creencias, una forma de ser y por eso a veces yo no quiero estar aquí porque no sé cómo acceder a ti y no me gusta no mirarte a los ojos, no me gusta sentir lo que siento cuando te molestas y me gritas tan fácil, no me gusta que andes como fantasmas en la casa y pasarnos a un lado por el pasillo y sentir que no hay nadie allí o saber que estás ahí y a la vez sentir que no estás en lo absoluto. ¿Tal vez también tengo culpa? Debería saludarte feliz pero me angustia tu indiferencia de siempre, y podría decir que te entiendo porque éste es un momento tan raro que podría pensar que estás consternado o no entiendes nada y estás triste y por eso estás distante pero has actuado de la misma forma desde hace tanto. Yo quisiera disculparme por ser quien soy porque tal vez es que no te caigo bien o no te gustan las cosas que hago o pienso y por eso todo está como que brindo o voto entre tú y yo. Gracias por la comida o el dinero, pero eso se encuentra en cualquier parte, lo verdaderamente difícil de encontrar es el amor. Y siempre siempre como tú lo has hecho.



JACQUELINE GOLDBERG

Jacqueline Goldberg es escritora y editora. Licenciada en Letras por la Universidad del Zulia y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Central de Venezuela. Goldberg ha publicado numerosos libros de poesía, narrativa, ensayo y biografía. Entre sus publicaciones recientes están *Las horas claras* y *El cuarto de los temblores*.

JESÚS VELASCO

Jesús Velasco dedica una gran parte de su existencia al estudio de cosas antiguas, como las técnicas de escritura del derecho. Ha escrito libros y artículos. También hace fotos, y de vez en cuando las expone y las subasta para causas de justicia social. Por lo demás, es el feliz progenitor de dos churumbeles.

YONEL HERNÁNDEZ

IG @YONELHERNANDEZ

Yonel Hernández es diseñador gráfico e ilustrador venezolano, egresado de la Escuela de Comunicación Visual y Diseño Prodiseno, donde posteriormente ejerció como profesor. En el 2013 funda junto a la diseñadora Eddymir Briceño el estudio de diseño gráfico e ilustración Inés & Bernardo. Ha recibido numerosas condecoraciones, entre ellas haber resultado ganador junto a Eddymir Briceño del Latin American Design Awards, plata, en la categoría Branding, por el proyecto «Plan B: Caracas ciudad de salida» (Lima, 2019). Parte de su investigación como ilustrador se mostró en una exposición titulada «Gestos mínimos. Yonel Hernández», curaduría de Carmen Alicia Di Pasquale, museografía de Yonel Hernández. Fundación Sala Mendoza, (Caracas, 2018).

ANDREA PAOLA HERNÁNDEZ

@andreapaolahg

Andrea Paola Hernández es actriz y activista de género. Fundadora y coordinadora del proyecto poético «199X». Coordinadora Editorial en la sección de narrativa de la revista digital Digo.Palabra.Txt. Forma parte de la antología poética *Amanecemos sobre la palabra* publicada por Team Poetero y de la antología audiovisual “Página = Pantalla” reunida por Francisco Catalano. Ha sido traducida al italiano y al inglés.

IVETTE DÍAZ ESPÍN

IG @LA.RAYA.ILUSTRADA

Ivette Díaz Espín es ilustradora, artista visual y poeta. Licenciada en Artes Visuales, egresada de la Armando Reverón, mención Medios Mixtos. Inicia su carrera en cine, dedicándose posteriormente de lleno a las artes visuales y a la fotografía.

En 2017 ilustra el poemario *Medulla Oblongata* de Kelly Martínez-Grandal publicado por CAAW Ediciones. En 2019 colabora como ilustradora en la revista Alba Londres Issue 9. Su trabajo ha ido gradualmente amalgamando diversas disciplinas convirtiéndose en una exploración cotidiana de los lenguajes (Imagen/Palabra/Sonido). Actualmente reside en Barcelona, Catalunya.

MARGO GLANTZ

@MARGO_GLANTZ

Margo Glantz es escritora y doctora en letras por La Sorbonne. Ha publicado más de veinte libros, entre los que destacan *Las mil y una calorías*, *novela dietética*, *Las genealogías*, *Síndrome de naufragios*, *Zona de derrumbe*, *El rastro*, *Saña*. Ha sido profesora visitante en las universidades de Princeton, Harvard, Yale, Berkeley, Stanford, París. También es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Ha recibido numerosas condecoraciones, entre las que destacan el doctorado honoris causa de la UNAM (2011).

JUAN SOTO

WWW.JUANSOTO.CO.UK

Juan Soto es realizador y montajista colombiano residente en Londres, graduado de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, Cuba. Ha enfocado su práctica en los archivos. Sus películas han sido exhibidas internacionalmente en festivales, universidades, galerías de arte y en circuitos comerciales independientes. Entre sus films recientes están *Revelaciones* y *Parábola del retorno*.

ISA SATURNO

@PETIPUASATURNO

Isa Saturno es poeta y escritor venezolano de literatura infantil. Actualmente reside en Miami, Estados Unidos. El poema “La jarra de agua” pertenece a *Transcripciones*, su segundo poemario.

GUSTAVO TALAVERA

Gustavo Talavera nació en Venezuela. Hace fotos desde los 14 años, estudia cine, escribe. Su trabajo ha sido expuesto en Buenos Aires y Caracas.

ALONSO BURGOS

Alonso Burgos nació y creció en la periferia de la Ciudad de México. Estudió la licenciatura en las carreras de literatura comparada y ciencias políticas en la Universidad Libre de Berlín y actualmente está en el programa de doctorado de literatura comparada de la Universidad de Princeton. A Alonso le interesa entender el fenómeno contemporáneo de la violencia en México y sus repercusiones en el discurso estético, así como en la producción literaria mexicana. En 2015, Alonso recibió la primera mención honorífica en el concurso nacional de cuento preuniversitario de la Universidad Iberoamericana y en junio de 2019, publicó su primera colección de cuentos, *Nada más que diablos*.

CANTERA 10 COLABORADORES

CANTERA

Revista Literaria

1. f. Sitio de donde se saca piedra, greda u otra sustancia análoga para obras varias.
2. f. Talento, ingenio y capacidad que muestra alguna persona.
3. f. Lugar, institución, etc., de procedencia de individuos especialmente dotados para una determinada actividad.
4. Revista literaria

www.revistacanteras.com | @revistacanteras